

# **El tigre no bala**

**Tribulaciones de un detective espacial**

**Félix Acosta Fitipaldi**



# Prólogo

El Bar “Elefante sarnoso” es una suerte de mercado de alcohol, sexo y alucinógenos, de los suburbios portuarios. Allí me llevó una noche mi tristeza, sin saber qué hacía, pero con sanas intenciones de tomarse un descanso.

Mi razón necesitaba con desesperación olvidar un desastre amoroso que me había pasado por encima cual tren expreso. Buscaba los primeros auxilios de las malas compañías, y llevaba conmigo trece monedas para comprar caricias y meter fuego en mi pecho.

Entre penumbras y un narcotizante tufo, mezcla de cigarrillos, alcohol y perfume barato, senté base a un extremo de la barra. Un atento barman, que ofrecía estupefacientes como si fuesen aspirinas, me sirvió el trago que pedí y otro de cortesía.

A mi lado se hallaba un sujeto anodino, de mediana edad y ojos turbios, que se presentó extendiendo la mano a la vez que decía: –Timoteo Yáñez, Inspector de Asuntos Internos de la policía estatal.

Me sentí en medio de una situación surreal, aquella presencia, aquél lugar, o yo mismo, no parecíamos encajar en una realidad coherente. Dudé entre preguntar al oficial qué tipo de anfetaminas consumía, o si había realizado algún arresto el último año. Pero callé, dando por supuesto que yo lejos estaba de ser el gánster que hubiese encajado en la escena.

Dije mi nombre al tal Yáñez, quien cargaba más de un par de copas. Aunque parecía perdido en una nebulosa cósmica, al mismo tiempo que soltaba mi mano se quedó observando mis ojos como taladrándolos. Entonces fue que dijo: –En Zacapu, México, hay una calle con su nombre y apellido.

Sonreí sin prestar mayor atención a sus dichos, no era esa la compañía que buscaba. Por fortuna en ese momento, sobre un pequeño escenario, un charlatán de voz afeminada presentó a “Bebé, la reina de la noche”. Se trataba de una atractiva morocha quien, tras breves acordes, comenzó a cantar “Killing me softly with his song”, de forma tan angelical que redondeó el onirismo de la situación.

Por ella advertí que habría sido vano contestar o inquirir sobre lo comentado por el extraño sujeto, quien fascinado por los melosos balbuceos de la exuberante intérprete, parecía haber entrado en trance hipnótico.

Recién al otro día, regresando de la resaca, recordé lo dicho por ese tal Yáñez sobre Zacapu, y lamenté no haberle preguntado algún otro detalle. Por cierto, tuve

oportunidad de hacerlo, al menos durante los breves minutos en los cuales bebimos juntos, antes que me dejara llevar por la rubia que se acercó a engatusarme y terminara acostándose.

¿Era cierto lo dicho o se trataba de una frase mencionada al azar? No existe –me dije– trató de ser amable, es todo. ¿Por qué razón un policía local habría de conocer una calle de Zacapu? Y eso en caso de que exista Zacapu.

De igual modo yo podría haberle dicho que con su nombre hay un lupanar en Valladolid, una fábrica de inodoros en Lisboa, o un volcán submarino en el selenita Mar de la tranquilidad.

Emperrado por la duda puse en actividad mis escasos conocimientos informáticos, me zambullí en un cibercafé, busqué en Google esa tal calle de Zacapu con mi nombre, y comprobé que existe. Curioso.

Días más tarde, aun aplastado contra los rieles por aquél triste desengaño que me desterró de un pasado dichoso, decidí volver a ese bar de baja estopa y alta temperatura.

Tenía expectativas de hallar a la rubia nuevamente y al sujeto aquél, derramado sobre el mostrador, con sus ojos inundados de ginebra embelesados en Bebé. En esta ocasión pensaba salir de dudas sobre el asunto de Zacapu. ¿Cómo podía ese hombre recordar tan fielmente detalle tan trivial?

Varios letreros de fondo amarillo y letras negras cubrían su fachada con la leyenda: “CLAUSURADO”. Me sentí como Sabina en “Y nos dieron las diez”, solo que mucho más tonto, despistado y anónimo. Así que me dirigí al bar de la otra esquina: “Góndola rodante”, donde en buena marcha dejé atrás aquel pequeño encuentro con calle propia.

Tres años después, y con mi corazón devuelto a su sitio, nada quedaba de esa época oscura. Mi tristeza al fin había logrado abandonarme y mi existencia pisaba rumbos promisorios. Nuevos amoríos se ocupaban de cicatrizar mis viejas heridas y el futuro no se veía tan ominoso.

Sin embargo, había ingresado en la era famélica de mi vida, pues jamás la felicidad es completa. Así que para mitigar el hambre no vislumbé mejor recurso que abrir un taller literario, resignando de manera definitiva mi acceso a la posteridad pero dejando en evidencia una exuberante y desvergonzada osadía.

No tuve ya tiempo de embarcarme en la que debería haber sido mi novela trascendental: “Tertulia con el gusano”, de la cual ya he descartado hasta el título y hasta me satisface pensar en el tiempo que no perdí con ella.

Entonces, de buenas a primeras, aparece en el taller un nuevo integrante. Era un tipo parco, poco amistoso, callado y nada participativo. Apenas pude saber que era un lector empedernido, se ganaba la vida como custodio de la ley, y estaba escribiendo algo así como una biografía.

Apenas abrió la boca al ser preguntado por su nombre: –Joe –dijo, a secas y de modo concluyente. Todos comprendimos que ese no era su nombre real, y que nada ganaríamos con insistir luego que alguien, desde el fondo, no recuerdo quien, preguntó: –¿Joe Previsto?

La mayoría largó la carcajada al recordar la serie de TV homónima. Pero la cara de nuestro nuevo amigo, al tiempo que evidenciaba fastidio, se iba ruborizando a medida que bajaba la cabeza.

No dejó de ser un tipo raro, nombrando en ocasiones autores poco o nada conocidos. ¿Robert Merle? ¿Isidore Ducasse? ¿Anthony Burgess? En fin, dejó sólo algunas incógnitas, sobre todo cuando, asegurando haber subestimado las profundidades del arte literario, se despide seis meses más tarde dejándome, para encender la estufa del taller, una serie de relatos novelados intitulada “El tigre no bala”.

Al parecer, había escrito aquellos textos en función de su admiración hacia un colega. El azar determinó que yo empleara para encender fuego penas las tapas, y de no haber sido por una jornada de lluvia torrencial que me llevó a su lectura, todo su trabajo habría seguido el mismo camino.

Ni uno de mis alumnos llegó aquella tarde lluviosa. Cuando decidía emplear el tiempo ocioso en escribir algo, aquellos folios reclamaron mi atención y comencé a leerlos.

Grande fue mi sorpresa al advertir que allí se referían anécdotas del tal Inspector Yáñez, Jefe de Asuntos Internos de la policía estatal. El nombre me sonaba, durante largo rato sentí la obsesión de no saber la causa. Finalmente, avanzando en la lectura de los folios, se me aclaró el panorama y pude recordar al ebrio que alguna vez me habló de cierta lejana calle.

Pude enterarme de lo acontecido en aquél bar de mis tristezas la noche siguiente a la que asistí, cuando intentando sepultar amores difuntos acuné sobre su barra mis codos. Fue entonces que lo clausuraron, y este Yáñez habría deseado tener que ver con eso algo más de lo que tuvo.

No me quedé en el detalle, y abusando de mi paciencia, entre truenos y destellos relampagueantes, continué leyendo. Completé su lectura aquella misma tarde, no porque fuese bueno, todo lo contrario, más bien debido a que ya había leído todo el material disponible en el local.

Lo que jamás he podido averiguar es cómo conocía, el tal Inspector, la existencia de esas pocas cuadras de Zacapu con nombre tan célebre. De nada serviría tratar de ubicarlo y preguntárselo, luego de leer algunas de sus aventuras me consta que de seguro respondería que allí vivió Salguero, que se lo dijo en un sueño el fantasma de su abuelo, o que en ese lugar encontraba reposo el Comandante Timo después de sus batallas siderales.

Al menos así lo ha pintado mi ex alumno, y yo le creo que tan así es el sujeto. A no dudarlo, un personaje cotidiano, aleatorio, y sin embargo: extravagante.

Fuera de los folios mencionados no pude hallar datos del Inspector en nomenclátor alguno, aunque por cierto, no se me permitió acceder a los registros de la Policía Estatal el día que fui con intenciones de contactar al desaparecido Joe.

Posteriormente, ya embarcado en un nuevo idilio formal, desapareció mi curiosidad y mi fobia a los colores rosa y negro, cosa que comprenderán quienes sean tan pacientes como yo lo he sido.

Luego del colosal éxito de mis novelas “Jaque de hackers” y “La mosqueta”, y ya con algunos años encima, siento que la musa me ha abandonado. Sin embargo mi editor, ávido de riqueza, en forma constante me agujonea demandando nuevos textos. Por esa razón he decidido dar a conocer aquellos relatos, único material a mi disposición que puedo emplear para mantenerlo a raya.

Si bien he registrado la serie de relatos a mi nombre, no ha sido fácil tomar coraje. Declaro además, y de muy buena fe, que pese a haberlos buscado nada más he sabido de Joe ni de Timoteo Yáñez. No obstante eso, si alguno de ellos entiende que le corresponde parte del éxito generado, con gusto estoy dispuesto a repartir las consecuencias.

Félix Acosta Fitipaldi

## Todo policía debe tener buen sexo

No existían razones prácticas para que "El tigre" Yáñez, Inspector de Asuntos Internos de la Policía Estatal, se hallara en la escena del crimen. Allí fue visto pues en su día libre había optado por acompañar a sol y sombra a la Detective Gómez.

Estaba ciegamente enganchado en la estela de su perfume, se deslizaba fascinado tras sus curvas cadenciosas y su corte de cabello punk. Acechaba a su gata cual encelado tigre bengalí. Era todo un ilusionado Florentino Ariza.

Ella por su parte, lejos estaba de parecerse a Fermina Daza, y si bien no lo contaba entre sus proyectos, como toda mujer se sentía halagada: tampoco demasiado. Así es la vida, dicen.

A Yáñez en realidad, para nada le interesaba el caso en cuestión, quizás hasta se sentía reconfortado de que la Fuerza se hubiese librado de la presencia ominosa del Súper Inspector Mouso, víctima del momento.

No resultaba fácil pensar en Mouso como víctima. Durante los últimos tiempos la injerencia del difunto estaba transformando al cuerpo policial en una verdadera Gestapo, y no era necesario que Yáñez enarbolara una encuesta para enterarse del odio que aquél había cosechado en todas las reparticiones de la policía estatal.

Suponía que dar con el culpable no sería tarea sencilla, además de los posibles enemigos que habría cosechado en su discutible lotería contra el crimen, mucho antes habría muerto si las miradas de sus subalternos fuesen letales.

Tampoco sus superiores lo tenían en buena estima, las ansias de poder de Mouso eran una amenaza pendiente sobre sus calvas cabezas, y corría el rumor que tenía muy mala suerte quien se interponía en su camino. Pese a todo el hombre se fue abriendo paso hasta el último instante, donde lo aguardaba su propia mala suerte, tal vez atemorizada pero insobornable.

Tres días más tarde y "casualmente", Yáñez volvió a encontrar a la detective Gómez en el bar que sabía ella frecuentaba. De ese modo la detective estrella del Departamento de homicidios intentaba distraerse de los casos en los que trabajaba; tomando distancia, refrescándose, acumulando fuerzas. Ella le había confiado que se obsesionaba tanto que terminaba embotándose, girando en el

vacío, siéndole necesario hacer un alto en mitad del camino; interludios que le permitían descubrir cabos sueltos, señales luminosas que la guiaran hacia la meta.

Yáñez pidió una ginebra y se sentó a su lado. La notó abochornada, al parecer le preocupaba que la investigación hubiera caído en punto muerto. Pero ella se limitó a comentarle detalles triviales sobre las pruebas de balística y la carencia de pistas medianamente útiles. Luego miró hacia afuera y señaló a los transeúntes:

–Puede haber sido cualquiera de los que deambulan más allá del ventanal –dijo. Su semblante portaba una rendición incondicional y premeditada: –¡Jamás resolveré este caso! –Terminó diciendo con una frase que resultaría premonitoria.

Al Inspector Yáñez le extrañó la inusual pérdida de fe de su colega, famosa por su tenacidad y firmeza. Miró a su vez el tránsito de aquellas personas anónimas, indiferentes del otro lado del cristal. Volvió a pensar que se sentía bien junto a ella y después, con la garganta ardiendo tras su trago de ginebra, exclamó con voz áspera: –Cualquiera de ellos o cualquiera de nosotros.

Ella sonrió, pese a dar muestras de haberse incomodado: –No había pensado en esa posibilidad –dijo –Pero es verdad, sí. Bien pudo haber sido uno de los nuestros. Yo misma podría haberlo asesinado, últimamente no dejaba de hacerme propuestas, cada vez con mayor insistencia. Hasta me daba la sensación que podría llegar a violentarse ante mis negativas. Me tenía bajo un verdadero acoso sexual.

*“¡Caramba!” Pensó Yáñez. “Eso no lo sabía. Así que el homicida me ha librado de un temible competidor ¡Enhorabuena!”* –Pues si quien lo asesinó fuiste tú el caso está resuelto –dijo a Gómez en manifiesto tono burlón.

–Tengo una buena coartada: a la hora de su muerte realizaba el test psicológico de aptitud correspondiente a mi grado. Además no me fastidiaba a tal punto, lo evitaba pues prefiero la compañía de otra persona.

El corazón de Yáñez se inquietó. ¿Acaso el afortunado era él? Creyó imprescindible empeñarse en lograr que su difuso vínculo comenzara a tomar consistencia. Por eso se planteó la posibilidad de colaborar con ella y disfrutar las mieles románticas que comenzarían a derramarse sobre ambos.

–¡Te ayudaré! –exclamó en el tono propio de un “eureka” y luego, aplacando el ímpetu redondeó: –¡Podemos hacerlo! Tú sigue la línea de investigación hacia el exterior, yo la volcaré hacia dentro de la Fuerza. Hay que reivindicar al colega caído, mal que nos pese.

Gómez pareció dudar, ante lo cual Yáñez entendió erróneamente que ella se había sentido subestimada. ¿Era posible que la magnífica detective Gómez tuviera reparos sobre su eficacia? Yáñez se lo contestaría días más tarde, al recordar las



escenas junto a una copa de su elixir predilecto. De momento había dicho: –Claro que si prefieres hacerlo sola no hay problema. Si tú no puedes nadie podría –Y dando por concluido el asunto se volvió hacia el mozo e hizo señas solicitando otra ronda.

–De acuerdo –manifestó Gómez tras haberlo meditado y a punto de llevarse a los labios la aceituna de su copa: –Pero no conectemos los planes de acción, actuemos cada uno en su área y sólo nos pondremos en contacto si surgen novedades – después la engulló.

Yáñez se sintió cual arbusto de la estepa siberiana. Su cerebro al menos mantenía suficiente agilidad como para interpretar ciertos mensajes. ¿Entonces no era él la persona mencionada? Lamentó haberse ofrecido y hasta se vio algo ridículo. Sobre todo teniendo que convencer a su superior sobre la pertinencia de abordar el caso en el ámbito interno. La actitud de la adorable detective le había quitado gran parte del empuje que necesitaba para tal cometido.

De modo que no le fue sencillo. Su Jefe, Estéfano Nuaros, era otro de los tipos complacidos con haberse quitado de encima la despótica presencia de Mouso. Como era su costumbre, el hombre lo escuchó sin emitir palabra, pero en determinado momento comenzó a ladear la cabeza al ritmo de su duda. El Inspector veía que la posibilidad se le iba de las manos. Entonces, perdido por perdido, se permitió preguntar: –¿Deberé investigarlo a usted, Jefe?

Es posible que ese comentario fuese la llave a su autorización y de ser así es dudoso que tales fuesen las intenciones de Yáñez. El caso fue que su curtido y mañoso Jefe lo observó con la ironía del desafiado orgulloso de sus virtudes, y contestó luego con su sermón montañés:

–No soporto a los individuos malos ni a los individuos buenos: se equivocan. Respeto a los individuos justos. ¡No olvide eso Yáñez y tendrá la conciencia tan tranquila como yo! Vaya, investigue. Si lo desea puede comenzar conmigo.

El Inspector Yáñez, de Asuntos Internos, quince años de servicio y una foja para nada envidiable, se encontró así inmerso en el que se convertiría en uno de sus casos más dolorosos.

Comenzó incursionando en las actividades de los últimos días de la víctima. Indagó a sus escasos allegados y subalternos directos, escudriñó las llamadas de su celular y no sólo no halló pistas sustentables desde la óptica interna, sino que nada tenía tampoco para comunicarle a la detective de su corazón.

Una semana más tarde estaba desesperado. Las pesquisas realizadas resultaron infecundas y no sabía por dónde continuar. Como Gómez le había pedido actuar por separado, desde entonces no la había visto. La consigna de contactarse

únicamente para transmitirse novedades definitorias le hacían dar por descontado que ella tampoco las tenía.

Para colmo de males, ni siquiera le ocurría como en esas otras ocasiones en que la ginebra le permitió detectar cabos sueltos. Apenas pudo concluir que algo semejante debía ocurrirle a Gómez y por esa razón tomaba copas donde solía hacerlo medio destacamento.

Inmerso en la rutina el Inspector ojeó la foja de servicios de Mouso, y descubrió que una semana antes del homicidio debió concurrir al habitual chequeo médico de la Fuerza. Ya con las esperanzas desfallecientes decidió mantener una entrevista con Suárez, psicólogo de la institución a cargo del área. Era posible que Mouso le hubiese mencionado algo digno de tomarse en cuenta.

Suárez era un hombre afable, más o menos de su edad y acaso con sus mismas predilecciones. Yáñez recordó que durante los dos o tres exámenes a que había sido sometido por el profesional se sintió bien, distendido y colaborador.

Aquél había bromeado al saber que Yáñez era oriundo de Ginebra, nacido durante el breve asilo político de sus padres: –Tenga cuidado de que nunca lo dejen tan lleno de agujeros como queso suizo –había dicho.

Luego de cumplir con una breve sonrisa ante la ocurrencia, Yáñez había contestado: –No, queso no. Chocolate. En cierta oportunidad una amiguita me confesó que yo daba besos dulces. Así que como buen suizo prefiero ser chocolate, si a usted no le incomoda.

El facultativo se había quedado pensando en el comentario de Yáñez y dejó pasar varios segundos antes de continuar: –Es curioso –había dicho luego –lo trascendente que puede resultar una simple frase. Ese comentario puede estar significando varias cosas sobre usted y acaso sobre la chica que lo hizo. Podría asegurar que usted Yáñez, apodado "El tigre" según consta en la foja, es un tipo sano, romántico, y respetuoso del sexo opuesto. ¿Me equivoco?

–Supongo que no, así soy en realidad si tal cosa no significa ser tonto. En cuanto a lo de tigre, surge de la similitud entre mi apellido y un personaje de la novela "Los dos tigres"; me lo endosó un compañero fanático de Salgari con quien trabajé varios años. No tengo atributos felinos.

–Entonces convengamos en que aquella chica había recibido otros besos, propios de verdaderos tigres, tal vez no exentos de rudeza, por lo cual para ella los suyos resultaban un verdadero almíbar.

–¿Sabe que no había reflexionado sobre esa posibilidad? Igual me resulta más placentero suponer que son dulces realmente, no cándidos. Pero su observación

me hace pensar sí, en que usted resultaría muy útil en el área de investigación, hasta más que en la preventiva.

–Es posible, pero también es importante para la sociedad que las autoridades estén compuestas de individuos equilibrados. Esa es mi tarea, en lugar de hallar un culpable evitar que alguien que circula armado lo sea.

En todas las ocasiones la conversación había resultado interesante y en parte enriquecedora para el Inspector Yáñez. Solían terminar hablando de sexo con un inusual aire de complicidad; jamás sospechó el Inspector que era propio del test que le realizaban.

Inclusive alguna vez el diálogo de despedida ante sus manos estrechadas había sido: –¡Todo policía debe tener buen sexo! ¿No lo cree amigo? No es necesario ser psicólogo para saberlo –emanando desde la complaciente sonrisa de Suárez y seguido del: –Ya lo creo –como lacónica respuesta del sorprendido Inspector.

Aquella tarde fría Yáñez llegó a ver al psicólogo con la misma sonrisa que se llevara cada vez que allí estuvo. El otro lo observó, también en modo amable, hasta que Yáñez habló, tal vez con demasiada aspereza:

–Soy el Inspector Yáñez, de Asuntos Internos, no sé si me recuerda.

El facultativo, que se había puesto de pie para saludarlo, se derrumbó en su silla. Daba la impresión de haber perdido la energía. A Yáñez le pareció ver en aquél rostro el suyo propio, no el habitual, sino el de cuando amanece en medio de una antológica resaca ginebrina.

–Mejor si anduvieron rápido –dijo al fin el médico, provocando que la sonrisa del Inspector comenzara a transformarse en una mueca de estupor –Yo maté al Súper Inspector Mouso –y el estupor terminó por tragarse la sonrisa de Yáñez cual horizonte devorando un sol rendido.

Los sentimientos de nuestro Inspector recibieron un sacudón sísmico. Le apenaba la inesperada confesión de aquél hombre. Del mismo modo sentía el alborozo de poder entregar a su soñada detective Gómez un caso resuelto. Llenó de aire su pecho y comenzó a soñar.

Como en medio de relámpagos su imaginación le mostraba el momento en que habría de decírselo y cuantas cosas más le diría después, ya apuntando a la sabia frase "Todo policía debe tener buen sexo". Quizás hasta agregaría, a modo de pícaro insinuación: "Incluso las mujeres policía". Descontaba que a ella también le daría dulces besos, pero esta vez agregaría algunos toques de tigre, al fin y al cabo, bastante afiladas llevaba las garras.

Aún pensaba en eso cuando el asesino comenzó su extensa confesión, con la vista melancólica incrustada en la pared que ostentaba diversos certificados y galardones.

–Hace ya varios años tomé a Mouso su test psicológico de ingreso. Tenía potencial, inteligencia, disposición. Estos detalles los corroboré leyendo su foja días atrás, antes de hacer lo que ya he dicho. En vísperas de su primer ascenso importante volví a testear su razonamiento y en su historial agregué a lo anterior: ambición extrema. Por lo visto en aquél momento no me pareció que su evolución psicológica fuese tal que ameritara una junta y di el visto bueno. Sin embargo, anoté al margen de la copia del informe para mi archivo la recomendación: "Observar".

Yáñez mantenía un silencio sepulcral. La instantánea alegría que había sentido al haber creído resolver el caso, comenzaba a diluirse en misericordia. Suárez, ajeno a los sentimientos del detective, continuaba:

–No pasó mucho tiempo cuando una serie de buenas actuaciones pusieron al sujeto a las puertas de un nuevo ascenso. El hombre había cambiado a ojos vista. Emanaba excesiva confianza en sí mismo, cosa que de hecho no representa un aspecto negativo serio. Ateniéndome a lo profesional, comprendí que no podía obstaculizar el nombramiento. Mas, si hubiese obedecido a mi intuición, habría aconsejado el pase a otros dos colegas, y resolver juntos sobre la conveniencia de otorgarle más poder. Al menos me hubiese sentido más tranquilo, además de respaldado en la decisión final.

El homicida se tomó un respiro y Yáñez de buena gana se hubiese tomado una ginebra, sentía que un buen trago le haría ver más claras las cosas. Pronto volvió a la deshidratada realidad pues Suárez continuaba relatando su desgraciada maratón hacia el abismo.

–Cuando lo postularon nuevamente integraba una terna. Recibí juntas las tres carpetas en momentos particularmente difíciles de mi vida y debí retrasar los chequeos. Lo cierto es que desoí las insistencias apremiándome a realizar las citaciones, y cuando al fin lo hice me comunicaron que los otros dos aspirantes al cargo habían muerto en acción. Me siento culpable por eso. No sé bien que ocurrió, preferí no enterarme. Mouso se encontraba en importante misión en el interior y alguien de arriba quería el expediente en su despacho de inmediato. También me he sentido culpable por no haberlo examinado en esa oportunidad, cuando aún Mouso tenía escaso poder. Ni hablar de mi actitud de elevar el legajo sin haberlo abierto siquiera. De haber mirado los folios, aquél "Observar" habría frenado mi negligencia. Fue una suerte de "mala praxis" ¿Sabe qué significa? Algo similar a que usted se pegue un tiro en los cojones, no digo en la cabeza pues se debe seguir viviendo.

Yáñez cerró las piernas por reflejo. Aún no aparecía claro el móvil del crimen y la perorata comenzaba a fastidiarlo. En algún momento pensó en poner fin a la entrevista, detenerlo y que cuanto debiera decir lo dijera ante el juez. Pero el hombre le caía bien y prefería no ser rudo. Mejor dejarlo desahogarse, palmear luego su hombro y al ponerle las esposas decirle, con el dejo de complicidad acostumbrado en anteriores entrevistas y, de atreverse, mediante un guiño:

*“Descuide, yo habría hecho lo mismo. Si al fin y al cabo ese tal Mouso era un estorbo, una verdadera porquería de sujeto, una lacra, una...”* La voz de Suárez lo quitó de sus pensamientos, así que de momento continuó escuchando la confesión que su presa le daba sin que él, Yáñez, Inspector de Asuntos Internos de la Policía Estatal, se lo hubiese exigido:

–Le estoy describiendo el sendero que me arrastró al crimen. Toda esa cochambre que venía rodeando mi somero vínculo con Mouso debí esconderla bajo la alfombra, procurar olvidarla y convencerme de que todos tienen algún forúnculo purulento que les avergüenza mostrar.

Detuvo sus palabras y su semblante se suavizó. Miró luego al Inspector y agregó: –Después el tiempo fue haciendo lo suyo y las cosas parecieron acomodarse, de modo tal que últimamente estaba volviendo a ser feliz junto a la mujer que siempre había esperado.

–¡Todo policía debe tener buen sexo, eh! Pero no cuente dinero delante de un pobre –interrumpió Yáñez, cual iluso que intenta con una navaja romper el grueso hielo del polo norte. El hombre lo observó y durante el suspiro de una luciérnaga sus ojos parecieron encenderse.

–¡Ya recuerdo! –Exclamó –¡Usted es el de los besos de chocolate! ¡Buen tipo, me alegra que haya sido usted quien viniera por mí y no otro! ¡Mi amigo León! ¿No es cierto?

–Tigre, pero por el apellido.

–¡Sí, es verdad! En fin, prosigo, dejemos eso. Inmerso en las circunstancias novedosas de mi vida había olvidado al patético Mouso hasta el mes pasado, cuando con sorpresa recibí la orden proponiendo un nuevo test. Éste sería el último obligatorio. Del rango superior al que accedería, en adelante, no corresponden pericias siquiátricas. Es raro pero así es, usted puede estar al frente de un destacamento siendo un loco de remate si ha logrado suficiente nivel. Por tanto de antemano comprendí que el asunto era delicado y estaba decidido a enmendar mis errores. Del mismo modo, oraba para que su personalidad se hubiese encauzado dentro de la normalidad.

–¿Le molesta si fumo? –preguntó Yáñez, que se había puesto ansioso en forma repentina.

–¿Quiere pegarse un tiro lento? ¡Haga como quiera!

El Inspector se amilanó. Vislumbró la otra cara del hombre que tenía enfrente, la que no se sonrojaba de mostrar al oculto asesino. Una vocecita trémula se burló desde el interior de su cabeza: "*Todo policía debe tener buen seso*", decía. De todos modos encendió su cigarrillo.

–Al verlo entrar la mera aparición de Mouso me llenó de frío. No es metáfora, me congelé. Sin que lo invitara se sentó y sin darme la mano cruzó sus brazos observándome. No fue necesario que hablara, sus ojos destilaban esquizofrenia. Él era el dueño allí de todas las cosas, incluida mi persona. Como pude, muy humildemente, desplegué mi material de trabajo y comenzamos.

El declarante se permitió un nuevo respiro que fue aprovechado por Yáñez para absorber una gruesa bocanada de humo. Había comenzado a exhalarla cuando Suárez vociferó sacudiendo una mano: –¡Ya apáguelo! –Al parecer se arrepintió, pues de inmediato, en tono menos estridente fundamentó: –Es que las últimas pitadas son las más perniciosas.

Yáñez obedeció intentando con discreción verificar que portaba su arma, había recordado de pronto que hacía como un mes que no la veía. Por esa breve e insustancial distracción no registró las primeras palabras de la frase siguiente:

–...sólo refrendar mis sospechas. Mouso era un barril de pólvora bajo el ardiente sol del desierto, podía estallar con que lo rozara un menudo grano de arena. Y tampoco es metáfora. Su equilibrio era sumamente inestable. Debía hallar la forma de decirle que mi informe sería negativo sin golpearlo cual grano de arena llevado por el viento. Suelo tener astucia para expresarme, sé llegar en forma tangencial y suave, dando a entender y sea aceptado lo terrible. Más que nunca debía encontrar la forma adecuada de decirle a ese hombre lo que no había venido a escuchar, y saliera complacido.

Al decir aquello Suárez pareció ir perdiendo fuerzas y tras un respiro profundo recuperar los bríos, diciendo en forma altisonante: –¡Me sentí orgulloso de la forma en que lo hice! Jamás tuve tanta medida y por un momento creí que lo aceptaría. A lo cual él, mirándome fijo y sin asomo de duda sentenció: "Entonces si está todo bien fírmelo, y démelo que yo mismo lo llevo". Lo expresó en forma tan natural que parecía como si yo hubiese dicho todo lo contrario a cuanto le había explicado. Aquello fue lo que oí de sus labios. En realidad me estaba diciendo, con esa calma frágil y los ojos encandilados y ciegos de los desquiciados: "Sé que no quieres perder los cojones, seamos prácticos".

Tras las últimas frases mantuvo silencio y observó a Yáñez, quien volvía a ver en Suárez a su esporádico compinche. El psicólogo se permitió luego una especie de sonrisa que parecía vieja, pasada de moda, desarticulada en medio de un rostro rígido. Y adivinando los deseos del Inspector preguntó: –¿Quiere fumarse otro? ¡Venga, deme uno que lo acompañe!

–¡Qué falta me hace una ginebra! –exclamó Yáñez al tiempo que encendía el cigarrillo de su indagado.

–¡No tengo, qué pena! Pero si acepta un whisky... ¡Ah, disculpe! Olvidé que está de servicio.

–No lo estoy. En realidad no soy bebedor, bebo ginebra por patriotismo y no más de siete días a la semana.

–Muy digno lo suyo, beneficia a una posible cirrosis. Mejor le haría recordar que también es oriundo de la vía láctea.

–¡Usted siempre me sale con algo que yo no había pensado! ¡Haríamos buena dupla! Analizaré lo de la leche. Pero mejor continúe, llevamos un buen rato con esto.

–De acuerdo. Así que le firmé. Moví mi estúpida mano temblorosa y rubiqué la rendición, anhelando librarme de inmediato de esa presencia desbordada de malicia. Sentí alivio apenas salió y quedé solo. Pero al pasar las horas comencé a sentirme el más infame de los seres humanos, el más abyecto insecto. ¿Para eso me había traído mi madre al mundo?

Yáñez se estaba consustanciando con aquél desgraciado. En realidad no podía considerarlo un hombre malo. Apagó su cigarrillo y pidió lo mismo a su interlocutor, manifestando aquello de las últimas pitadas. Luego de hacer lo propio Suárez prosiguió:

–Supuse que el paso de los días me traería tranquilidad pero no fue así, esas miserias calan hondo. Recelaba que de un instante a otro algún inocente moriría por mi causa, lo que es peor, ese tipo era capaz de cometer un magnicidio. Posteriormente llegó la imagen de Mousolini a instalarse en medio de lo que ya era mi propia paranoia. Cada vez que recordaba a Mousou era ese rostro el que veía. Cuando intentaba recordar sus facciones verdaderas sentía dolor, las había bloqueado. Sólo me faltaba orinarme encima para decretar mi internación en un asilo de insanos.

El Inspector Yáñez, de Asuntos Internos y enamorado, recordó a Mousou del par de veces que lo había visto. Sin duda imponía su presencia de autoridad espartana. Al cruzarlo era imposible no detenerse un instante en su figura, ni dejar de apartar la vista ante su mirada avasallante. Hasta muerto, allá, sobre la sanguinolenta

alfombra, causaba una inquietud diferente a la de otros muertos. Y Yáñez comenzó a creer que este desventurado interlocutor suyo, asesino confeso, era un hombre bueno. Aquel en tanto continuaba:

–Pensé en el destino. Yo no había nacido para héroe, pero mucho menos para pendejo. Que todo hombre pueda tener alguna debilidad, sí, es cierto, puede tenerla sin pensar en suicidio. Pero no asumirla sin intentar afrontarla. Mientras Mouso existiera yo no podría vivir en paz, y lo que es peor: algún inocente podía morir. Concluí que quien debía palmar era Mouso, y mi obligación ayudarlo. Una vez decidido amordacé los temores y fui resuelto.

Suárez bajó por un momento la cabeza y al volver a elevarla concluyó: – Permítame omitir los detalles, ya los tendrá en la reconstrucción. Lo cierto es que considero haber hecho justicia y estoy dispuesto a que sea la ley quien determine las implicancias de mis actitudes.

Al culminar volvió a observar a Yáñez, que se había puesto de pie y comenzaba a en círculos, meditabundo. Si había algo que fastidiaba al inspector era dudar, mas dudaba. Veía en Suárez a un hombre justo y hay que respetar a los hombres justos. ¿No lo decía Nuaros? El móvil no parecía demasiado sustentable pero al menos tenía visos de altruismo. ¿Merecía ese hombre pudrirse entre rejas por quemar la basura? Era todo un Jean Valjean y ninguna gracia hacía al Tigre vestirse con el ropaje de Javert.

Pasaron varios minutos en profundo silencio, el asesino inmóvil en su silla, el Inspector circulando con lentitud. Al cabo Yáñez se detuvo. Quiso ser espontáneo y natural sin lograrlo, pues sus palabras sonaron a diálogo de sainete barato:

–¡Disculpe! Pero no entiendo de qué me ha estado hablando. En realidad vine aquí a solicitarle una consulta, pues me ocurre con demasiada frecuencia que olvido todo cuanto me dicen. Temo que la ginebra me esté haciendo perder la memoria y otras cosas que ya ni recuerdo.

–¿En serio lo dice? ¿Me ha comprendido?

–¡Claro! Mas no todo lo olvido, usted dijo algo así como que tangencialmente hacía comprensibles y aceptables cosas terribles. No ha hecho más que ponerme un ejemplo.

Suárez pareció evaluar la situación. No es sencillo quitarse de pronto una montaña que se ha venido cargando cual giba monstruosa. ¿Podía confiar en las palabras del Inspector? Prefirió mantener esa nueva esperanza.

–No creo que ningún juez piense como usted, tigre Yáñez –dijo al fin con intenciones de asegurarse.



–No ha nacido. Deben aferrarse a la ley sin sentimientos ni culpa. Pero la ley es rígida, cada mala acción tiene su tarifa preestablecida –y así fue como Yáñez se encontró de pronto explicando su punto de vista partidario a los intereses del asesino.

–Es como un mercado en el cual encontramos que no son todas iguales las manzanas que entran en un kilo, puede haber alguna picada, otra algo verde y también, al descuido, pudo marchar una pera o un membrillo. Claro, no suele suceder, pero no es imposible. Y cada una vale su cuota parte del kilo.

–Así que usted Yáñez, también maneja metáforas –dijo Suárez con actuada sorpresa.

–No sé qué es eso que me dice, pero si no es ofensivo lo acepto. Además, tenga por seguro que si un juez pudiera apartarse de la letra fría de la ley, y hacer uso de su sentido común, tendría memoria semejante a la mía.

–¿Qué es lo que hará usted entonces?

–Saludarlo, pues tal vez a eso vine. Y desearle lo mejor junto a esa mujer que lo hace feliz. Aunque no lo crea, su comentario sobre ella también fue causante de mi amnesia. No estoy enamorado, pero casi.

–Yáñez, lo invitaré a mi casamiento. ¡Le aseguro que podrá darse un baño de ginebra!

–¡Acepto! Y espero que ambos podamos concurrir. Mire, no es para preocuparlo. Es que el caso no está en mis manos, sino en las del mejor elemento de homicidios. Desde su ingreso no ha fracasado en ninguna de las investigaciones a las que fue asignada.

–Espero ser la excepción a la regla. En la peor de las situaciones, condenado y preso, me casaré de cualquier modo.

–Entiendo, estoy predestinado a beber su ginebra. Y ahora, si no le importa demasiado, será mejor que me retire.

Cuando se estrecharon las manos sus ojos intercambiaron señales de entendimiento. Suárez comenzando a palpar cierto alivio, Yáñez aceptando postergar sus intenciones amorosas hacia la detective Gómez. Le enaltecía el pensar en lo abnegado de su acto, y de ese sentimiento fue de lo único que jamás se arrepintió.

Así que sintiéndose con las manos nuevamente llenas de nada, y su torturado corazón enaltecido, el Inspector abrió la puerta y salió al corredor. Entonces la aparición de su detective favorita lo asaltó en forma inesperada.

–¡Timoteo! ¿Qué haces aquí? –preguntó ella no demasiado sorprendida.

–Nada. Pasé a saludar a Suárez, viejo amigo. ¡No me dirás que descubriste algo y querías comunicármelo!

–No, nada de eso, creo que solicitaré el archivo del caso con causa pendiente. Vine a sanidad pues Suárez debe dar su aprobación a la confirmación de mi nuevo cargo.

–Lo conozco y me debe un menudo favor: podría hablar con él.

–No. Ni lo aceptaría ni lo creo necesario. ¿Me disculpas?

–Sí, por supuesto. ¡Ah! No olvides llamarme si es que surge algo nuevo.

–Lo haré compañero, no temas.

Yáñez salió del edificio con natural apariencia. Nadie diría que en su interior ululaban sirenas de alerta. Respiraba profundo, del modo en que lo haría un tigre en la estepa al olfatear un enemigo. Dos interrogantes lo acosaban: ¿Había sido un individuo justo al cohonestar ese delito? ¿Qué hacía Gómez allí?

La primera pregunta era demasiado compleja y menos importante. La otra podía significar que su sagaz detective soñada estuviese sobre la pista. Pensándolo bien, la había encontrado algo nerviosa. Como si en realidad hubiera preferido no verlo allí. Sí, eso era. ¿Acaso pretendía el mérito sólo para ella? ¿Tregar es condición humana y él no es más que un renacuajo? Y si es un renacuajo... ¿Algún día, cuando sea sapo, lo besará una princesa?

A Yáñez lo del mérito lo tenía sin cuidado, podía dejárselo. Lo lamentaba por Suárez y por descubrir en Gómez una mala jugadora. Cerró su abrigo y se dirigió al Volkswagen fusca que le habían adjudicado a regañadientes. Era un coche que nadie más pretendía pues sus colores, rosa y negro, no eran apropiados para hacerlo pasar desapercibido. Al Inspector eso parecía no importarle, es más, le tenía gran cariño.

Subió al auto y cerró la portezuela. No sabía dónde ir. Para su casa era temprano, y tarde para volver al destacamento. Pese al frío decidió bajar los vidrios del coche y fumar escuchando la radio.

Tamborileaba distraídamente sobre el volante el "Mambo número seis" cuando vio salir a la pareja. Ya desde la distancia le pareció advertir en ellos algo familiar. En realidad no quería creerlo, pero eran ellos, muy juntos, muy tiernos y felices: su razón de vida de los últimos seis meses y su reciente amigo íntimo, ese por el cual, y para desmérito de toda la Fuerza, había decidido convertirse en encubridor. Excepciones a la regla por donde quiera verse.

Se dejó deslizar hacia abajo en el asiento suplicando que no se acercaran demasiado. ¿Pasaría inadvertido el escarabajo rosinegro? ¿Cuál sería la actitud de cada uno si ahora se vieran a los ojos?

Es posible que las facciones más normales fuesen las de Suárez, a menos que Gómez le hubiese comentado sobre el evidente interés que él le había manifestado. Ella, por su parte, habría de sentirse incómoda, como desnuda ante un extraño. Y él mismo, Yáñez, se vería obligado a poner cara de tonto y fingir: “¡Ah! ¡Vaya sorpresa! ¡Así que ella es la dama que le devolvió la felicidad! ¡Cómo lo envidio! ¡Aguarden, olvidé decirles que no podré concurrir a vuestro casamiento. Ese día en la universidad me entregan el diploma de imbécil!”

Por fortuna, dentro de su ceguera de enamorados, no advirtieron su presencia, y se marcharon de inmediato en un immaculado coche deportivo.

“¡Indagar, confirmar, actuar!”, masculló Yáñez mientras comenzaba a seguirlos sintiéndose mezcla de Otelo y fantasma de la ópera. Les permitía tanta distancia que casi los pierde en dos oportunidades. Aquél escarabajo volaba bajito, de lengua afuera y con agilidad de ardilla.

Yáñez es un tipo sosegado, si algo lo identifica es el no precipitarse jamás. ¡Palmaria prueba es el acecho bajo el que tuvo durante casi seis meses a su presa sin hincarle el diente! Ese no era el punto para Yáñez, sino: ¿Era malo o bueno ser así? Si era malo cambiaría, si bueno, continuaría igual. ¿Alguien podría decírselo?

Se detuvieron sus perseguidos y él aminoró. Al pasar ante la vivienda los vio ingresar cual dos pícaros adolescentes lejos de sus preceptores. *"No es justo"* pensó mientras mantenía firme su marcha. Encendió los faros al atardecer y concluyó: *"Ahora el móvil queda claro, Suárez no había soportado el acoso sexual de Mousó sobre su prometida"*.

Al cruzar la esquina siguiente miró la hora exacta en su infalible reloj suizo, y conjeturó que Estéfano Nuaros aún estaba en la oficina. Aumentó la velocidad y conectó la sirena, tenía algo de suma importancia que comunicarle. Tras varios años de trabajar juntos, su Jefe ya debería saber que él no era un hombre malo, tampoco un hombre bueno, ni siquiera un hombre justo. Era "El tigre" Yáñez, un hombre, a secas.

Debió narrar su finalmente famosa conversación una, y otra, y otra vez. Ya ni con mala memoria podría olvidarla. Tanto que volviendo a su casa, por la madrugada, se alumbraba con el recuerdo de los estupefactos ojos de Nuaros al escuchar lo sucedido. Cuando pensaba que al fin podría irse aquél había preguntado:

–¿Está seguro de todo cuanto ha dicho Yáñez? Afirma no haber bebido un trago. ¿No debería tomarse alguno?

El hombre tenía un terrible aspecto de cansancio y se alisaba el bigote con soñolencia: –Venga, repítame toda la historia. ¿Y le parece que Gómez es cómplice? De todas formas mejor será aguardar hasta mañana. Vaya y descanse.

Tan absorto en sus pensamientos volvía Yáñez a su guarida que casi no reconoce el coche de su adorable colega detenido próximo a su casa. Un escándalo de alarmas se encendió en su enmohecida mollera. Detuvo de inmediato el exhausto escarabajo y descendió, agazapándose de sombra en sombra.

¿Acaso la hermosa detective había sentido de improviso locos deseos de pasar la noche junto a él? No lo creería aunque hubiese tomado sus ginebras de toda una semana.

*“Ha venido a sondearme, o de lo contrario... ¡No! ¿Sería capaz de darme muerte?”* Una honda decepción provocó que Yáñez comenzara a sentir sobre los huesos la frialdad de la helada nocturna. No tenía tiempo que perder y llamó a la Central, que vinieran por ella, y luego que explicara al juez competente su presencia allí.

–¡Cambio y fuera! –decía cuando sintió los pasos. Se volvió al tiempo que hacía ademán de sacar un arma extraviada. Suárez se recostaba contra un árbol y cruzaba sus brazos al tiempo que decía:

–Besos dulces, verdades amargas. –La tristeza de su aspecto era tanta que Yáñez se sintió un hombre cruel.

Comprendiendo que debía razonar con suma presteza dejó de lado sentimientos entorpecedores. *“¿Suárez vino solo? ¿Gómez estaba registrando su morada? ¿Hablarían o actuarían?”* No vino solo. Sí, ella había subido por él. No esperaría a contestarse la tercera pregunta.

Era denigrante por supuesto, para un Inspector de Asuntos Internos, huir alocadamente calle abajo. Pero Yáñez, a pesar de sus cuarenta era un hombre de acción. Sí, eso era, y tal vez debiera decírselo a su Jefe, ni bueno, ni malo, ni justo... un hombre desesperado.

Ellos corrían también tras el jadeante inspector, los pasos retumbaban en las calles desiertas. Al doblar en una esquina Yáñez vio el contenedor de residuos y sin dudar en cuanto a la conveniencia de su idea levantó la tapa y se tiró dentro.

Imaginó los titulares *"El Tigre Yáñez, audaz detective policiaco, es encontrado acribillado en medio de cien kilos de basura pestilente. Por la violencia desplegada no se descartan el crimen pasional, una vendetta de la mafia rusa, ni el suicidio"*. A esa particular y asquerosa escena de su vida la intituló “Sarcasmos a la hora de la muerte”.

Luego sintió los frenos de uno o más coches, oyó voces y asomó el copete. Los tórtolos estaban siendo detenidos. El inspector emergió del escondite, se sacudió la ropa, y fue al encuentro de su Jefe.

—¡Te felicito Yáñez, limpiando la basura de nuestra Fuerza! Pero no era necesario que lo hicieras tan a fondo, hasta creo percibir un tufo nauseabundo. De seguro así olía Jean-Baptiste Grenouille media hora después de su nacimiento.

Estéfano Nuaros lo recibía complacido. También, como si supiera el significado de la alusión de su Jefe, Yáñez sonreía. Estaba acostumbrado a pasar por alto cualquier referencia que escapara a su comprensión e intelecto. No había nacido para llevar un diccionario debajo del brazo.

Tras la pausa Nuaros agregó. —No me quedé tranquilo con lo que me dijiste. Pensé que si por una anomalía de la naturaleza estabas en lo cierto, del mismo modo corrías peligro.

—¿Quiere decir que habrían venido aunque yo no llamara?

—No. En absoluto. Nos habríamos enterado por la mañana. Es que preferí quedarme intranquilo.

Yáñez ya no le prestaba atención, se percató que en ningún momento la detective Gómez había dirigido la vista en su dirección. Vio como se alejaba el coche que la conducía. Nuaros lo observó como a su nieto luego de obsequiarle una golosina.

—¡A dormir Yáñez! Por tu cara necesitas cuarenta y ocho horas de sueño.

El Inspector Yáñez, de Asuntos Internos y descorazonado, deambulaba sobre las derivaciones de su caso cerrado: ¿Cómo sería el nuevo psicólogo que le haría el test ante su inminente ascenso? Saber que no sería Suárez no dejó de causarle pesar. Para no pensar en Gómez prefirió recordar a la última prostituta con la que había estado cuando ésta le preguntó: —¿Disfrutaste? ¿Te gustaría continuar? ¿Seguimos?

Y a él, si bien ímpetu y apetito le sobraba, no le quedaba más dinero.